

Desanimado al verse detenido en su proyecto de evasión por estas no previstas dificultades, colocó de nuevo el marqués el barrote en su sitio, y disimulando como pudo y supo las huellas de la limadura descendió de su pedestal, llevó la mesa hasta su sitio de costumbre, y fué luego á acostarse murmurando:

— No me sería posible comer ahora; estoy demasiado nervioso... Trataré de dormir, de reparar mis fuerzas y mañana saldré de aquí, no sé cómo, pero saldré.

Cerró los ojos. El sueño acudió á su llamamiento, aunque acompañado de un cortejo de pesadillas en las que el marqués veíase librando fantásticos combates para proteger á su esposa y á Solange.

A aquella misma hora, en aquel mismo momento, el barón Cortomontel capturaba sin lucha, en el extremo opuesto de Paris, á Pedro Mirot y á Glorieta que regresaban de Vaugirard, y veíase poco después obligado á libertarlos, á convertirse, y á seguir voluntariamente á Sed de Amor, después del impetuoso contraataque de este último.

XVIII

EN EL QUE SED DE AMOR Y DIÓGENES PONEN CERCO
Á VINCENNES

Después del duelo del Prado de los Clérigos, duelo que terminó del modo extraño que el lector conoce, eclipsáronse los miñones de los dos Enriques, abandonando sobre la hierba el cuerpo de Juan du Gaz, temerosos de caer entre las manos de las gentes de justicia. Temor que no tenía razón de ser, pues, como ya sabemos, el ruido que les asustara no lo producían los agentes de la ronda urbana, sino el ilustre Cortomontel, el no menos ilustre Matraca, y las bestias que á ambos acompañaban.

Pero si nosotros la conocemos, los miñones ignoraban esta circunstancia. Los favoritos del rey, arrasando al pobre Maugiron que se quejaba como un condenado, fueron los primeros en desaparecer doblando la esquina de la calle Tarane, mientras que obediendo á una seña de Carlos de Entragues sus adver-

sarios deteníanse para deliberar tras los muros del parque de Villanueva-Marsan, en las inmediaciones del abrevadero.

— Señores, — les dijo el conde — creo que si los alabarderos nos siguen sería conveniente despistarlos marchándonos por caminos diferentes. Riberac acompañará á Schomberg hacia la puerta de Nesle, Mercœur y Chicot entrarán en París por la de Buci, y el caballero y yo esperaremos tras la casilla del guarda el momento favorable para subir hacia la Cruz-Roja.

Favorablemente acogido por todos este proyecto de retirada en orden abierto, Entragues y Bernardo fueron enseguida á esconderse tras la casuca.

— Me sorprende, caballero, — dijo de Entragues — veros preocupado tras las numerosas pruebas de valor y de conocimiento de las armas que acabáis de ofrecernos... ¿Será acaso causa de vuestra preocupación el grito lanzado por la señorita de Villanueva?

Bernardo exclamó estupefacto:

— ¡Cómo! ¡Vos conocéis su voz!

— De ningún modo; — dijo de Entragues sonriendo.

— ¿Cómo he de reconocer una voz que oígo por la vez primera? Lo que hay es que he relacionado mentalmente los términos de vuestra heroica provocación en la casa de las Miñonas, y el grito de esa joven pronunciando vuestro nombre...

— Es verdad que ha pronunciado mi nombre...

— Y con una entonación que no deja lugar á duda acerca de la naturaleza de sus sentimientos con respecto á vos.

— De modo que os ha parecido...

— ¡Lo juro! — dijo Carlos con solemnidad. — Y no creo equivocarme. Alegraos, pues, ¡cuerpo del diablo! Digo, á no ser que os preocupe el proyecto de alguna otra batalla.

Sed de Amor no contestó enseguida. Preocupábale, sí, el proyecto de la liberación del gran marqués. Pero ¿debía hablar de este asunto? En caso afirmativo, ¿en qué términos hablaría? Porque á él no le parecía conveniente enterar á su nuevo amigo del cobarde complot que sorprendiera entre el delegado de Catalina y su acólito Pielnegra, complot que se proponía hacer abortar él solo.

Sin embargo, como la topografía de París le era desconocida, preciso sería que preguntase á alguien, que se confiase á alguien; ¿y á quién mejor que á de Entragues? ¿Quién con más desinterés que él podría ayudarle?

— Señor conde, — dijo al fin — os habéis mostrado de tal modo bueno para con un pobre desconocido...

— ¡Alto ahí! — interrumpió Carlos. — Un desconocido de vuestro temple honra á quien le apadrina, caballero.

— Gracias, conde, por esas palabras; y puesto que os veo en tan buenas disposiciones con respecto á mí, deseo haceros una súplica. Ello es que me esperan...

— ¡Pardiez! — exclamó alegremente de Entragues.

— Ya sé lo que vais á decir... Por eso me parece inútil que habléis. Sé dónde os esperan.

— ¿Vos? — preguntó Bernardo asombrado.

— Sí, yo. ¿No llegáis de Gascuña?

— De allí vengo en efecto.

— ¿No habéis entrado en el arrabal por *la Cruz Roja*?... ¡La Cruz Roja, oidme bien, esto es, la cruz de Lorena!

— No lo sabía... Ha sido pura casualidad.

El conde se mordió los labios con cierto despecho.

— Caballero, — dijo — hay tiempo para todo... Vuestra discreción me parece tan meritoria como superflua... Repito que sé quién os espera; dejaos de fingimientos, y seguidme al Hotel de Lorena, donde el señor duque de Guisa tendrá sumo placer en recibirnos.

Desde que empezara aquel diálogo, Sed de Amor atribuía á una equivocación la familiaridad que con él usaba de Entragues, y las últimas palabras del conde le probaron que no se había equivocado al pensarlo así. Deseando pues deshacer el quid pro quo, dijo resueltamente á su nuevo amigo:

— Aun á riesgo, señor conde, de perder en el acto la preciosa amistad que os habéis dignado ofrecerme, no me es posible dejaros en el error en que me parecéis estar sin que tal conducta me parezca indigna de mí.

De Entragues sonreía.

— Conque error, ¿eh? — dijo. — Y sin duda por error también, ó por casualidad, habéis puesto esa escarapela á vuestro sombrero.

Así diciendo, tocó con la mano la rama de muérdago.

— Señor, — dijo Bernardo en voz baja, — yo soy

un caballero de fortuna, es decir, indigente. El viento se llevó la pluma de mi sombrero y para ocultar el hueco dejado por la fugitiva, coloqué en él ese modesto penacho cortado en el camino.

Y para probar la veracidad de sus palabras Bernardo, descubriéndose enseñó el sombrero á su nuevo amigo.

Carlos de Entragues abría tamaños ojos.

— He aquí — dijo — una prueba irrefutable, que no me es posible discutir. Demos pues por sentado que, caballero del Bearnés, habéis venido hasta París en viaje de placer, y que por distracción, solo por distracción, habéis defendido la causa de los Villanueva-Marsan contra el duque de Nemours. Admitido esto, — ya veis si os pruebo mi buena voluntad — admitido esto, resulta que tenéis una cita no sé dónde...

— En Vincennes.

— ¡En Vincennes! — exclamó Carlos perplejo. — ¿Sería indiscreto preguntaros con quién?

Sin vacilar un momento, Bernardo contestó:

— Con Glorieta, la hija del carcelero del castillo.

— No es mala hembra, — dijo de Entragues; — bonita, muy bonita, aunque privada del uso de la palabra, según me han dicho... Creo, caballero, que sería indigno de vos pretender abusar de esa desgraciada criatura...

— Teneos un momento, señor conde; — exclamó con fuego Bernardo. — No es lícito suponer que se pueda abusar de una hermana.

— ¡Ella... hermana vuestra!

— Ayer noche, junto al viñado de los Cartujos, tuve

la fortuna de arrancarla de las garras de un bandido más temido que temible, y la de convertir á ese bribón haciéndole reintegrar la vida honrada.

— ¿Sabéis, caballero, — dijo Entragues entre admirado y confuso — que vuestras aventuras rebasan los límites de lo ordinario? Un combate, un salvamento, una conversión, un muro derribado, una provocación y un duelo, todo en menos de doce horas!... Contad conmigo ¡qué diablo! Contad conmigo sea lo que quiera lo que bagáis ó lo que intentéis.

— Ante todo, — dijo Bernardo — necesitaría un caballo puesto que el mío ha desaparecido.

— Lo tendréis, y una casa para abrigaros, y trajes nuevos para cambiar un poco, ó para disfrazaros si queréis, porque tuerto Maugiron y muerto du Gaz sería una imprudencia de vuestra parte mostraros con ese jubón de cuero y esas calzas de paño.

En este punto de su diálogo se hallaban ambos amigos cuando un alegre relincho les obligó á volver la cabeza.

— ¡Djaulia y Diógenes! — exclamó Bernardo acariciando el cuello del corcel y la cabeza del perro. — No podíais llegar más á tiempo.

Y observando la curiosidad que en de Entragues despertaba la inesperada escena, añadió:

— Ya no hay necesidad, señor conde, de que me procuréis un caballo. Os presento á Djaulia, mi más antigua y fiel amiga. Para el ataque como para la defensa, tener entre las rodillas á esta gacela, da una seguridad extraordinaria. Algunas veces hemos cazado el tigre juntos.

— ¿Vos habéis cazado el tigre? — preguntó incrédulo de Entragues. — ¿En el Bearn?

— No; bastante más lejos. Cuanto á Diógenes — añadió Bernardo señalando al perro — lo conozco desde anoche. Pertenece á ese malandrín humanitario de quien os hablé hace un momento. Lo que me extraña y no acierto á explicarme es cómo han podido llegar hasta aquí estos animales sin el concurso de mi escudero Matraca y de Cortomontel.

— Pues lo que es por ahora no hay tiempo que perder en averiguarlo, caballero, — interrumpió el señor de Balzac tratando de percibir los ruidos que llegaban del lado del juego de pelota. — Ya nos hemos detenido aquí más de lo justo. Si queréis creerme, puesto que tenéis una montura que vale por los dos mejores trotones de mis cuadras, aceptad sin haceros rogar más el resto de mis ofertas. ¿A qué hora es vuestra cita?

— Quisiera estar allá abajo — dijo Bernardo, — antes que cierre la noche.

— Bueno; tenemos tiempo más que sobrado para operar las debidas metamorfosis. En marcha pues.

Carlos de Entragues y Bernardo de Arma, seguidos de Djaulia y de Diógenes, dóciles como corderos, ganaron la Cruz Roja, entrando en París por la puerta San Miguel.

Luego de atravesar el primer brazo del Sena por el puente de San Miguel, disponíanse á ganar el segundo por el puente del Cambio, flanqueado por gran número de casas húmedas y bajas, cuando un grupo de gente armada, desembocando de las inmediaciones de la iglesia

de San Pedro de los Arcos, quiso cortarles el paso.

— ¡Detened al hombre de la rama de muérdago, asesino del señor de Maugiron! — gritaban algunos de los recién llegados.

— ¡Alerta! — murmuró el conde empujando al caballero hacia la estrecha calzada del puente.

Volviéndose enseguida hacia un grupo de mendigos estratégicamente colocados en las gradas del templo, pronunció en voz baja una sola palabra :

— ¡Lorena!

Fué cosa de un instante. Una porción de hombres, la flor y nata de los fenómenos de la corte de los milagros á las órdenes de Nataniel el leproso, se agruparon á la entrada del puente, insultando y pegando á los que llegaban en actitud poco tranquilizadora.

Aprovechándose del tumulto, los dos caballeros atravesaron el puente y desembocaron corriendo en una plazoleta en la que se alzaba un á modo de siniestro castillo.

— Ese es el gran Chatelet, — dijo el conde. — En él se ofrece hospitalidad poco agradable, según me han asegurado, por lo cual os deseo que no os inviten nunca á hospedaros ahí aunque sea por unas cuantas horas.

— ¿Vamos á pasar por delante? — preguntó Bernardo.

— No hay necesidad; tomemos á la derecha, junto á esa iglesia que es la de San Leufroy y por la Greve llegaremos á la casa de los Pilares. Es cosa de unos mil pasos.

En efecto, pocos momentos después penetraban am-

bos en la calle del pie del Diablo, deteniéndose ante la puerta de una casa de buena apariencia.

Franqueada la puerta, de Entragues gritó :

— ¡Hola, Morván! Ese caballo á la cuadra... Vino, comida, un cuarto y un vestido nuevo para el señor caballero... ¡Espera! A partir de este momento el señor caballero podrá entrar ó salir de aquí á su antojo; esta casa es suya mientras quiera honrarla con su presencia, y tú quedas á su servicio.

Bernardo estaba confundido y como avergonzado.

— Señor conde, — dijo con emoción, — os aseguro que no me es posible olvidarme de lo que la dignidad me aconseja. Rehusó pues, aunque agradeciéndolos en el alma, los favores con que queréis distinguirme; pero no me es dado aceptarlos porque tengo para mí que al hacerlo creéis favorecer á alguien que no soy yo...

— Y yo por mi parte os aseguro — replicó de Entragues — que lleváis demasiado lejos el empeño de empequeñeceros, caballero. ¿Creéis en verdad que lo poco que ofrezco vale algo? Bueno, pues ya me lo pagaréis cuando os sonría la fortuna. Mientras tanto aceptad lo que os ofrezco en nombre de vuestro carácter batallador, de vuestros amores y de la muerte hacia la cual vais á correr tal vez: ¡Arma, Amor, Morte!

Estremecióse Sed de Amor al oír estas últimas palabras, é instintivamente llevó la mano á su pecho.

— ¿Habrás visto algo? — pensó.

Pero hubo de recordar enseguida que antes de su reciente duelo sólo había mostrado por inadvertencia el medallón, mientras que el pergamino manchado y

roto, testigo mudo de un drama ignorado, permaneció oculto en su estuche protector. Tranquilo pues sobre este punto, é impulsado por involuntaria emoción tomó la mano que se le ofrecía y la estrechó con fuerza diciendo sencillamente.

— ¡Acepto!

Poco más de las cuatro de la tarde serían cuando bien comido, bien bebido, fresco y descansado, Bernardo de Arma, luego de haber estrechado una vez más la mano del servicial conde, franqueaba el rastrillo de la Puerta San Antonio.

Montado en Djaulia que lucía nuevos arreos, y precedido por Diógenes cuyas lanas había lavado y peinado el fiel Morván, Bernardo parecía un príncipe con su flamante traje nuevo, que le sentaba á maravilla.

Por tal sin duda le tomaron los arqueros del cuerpo de guardia, quienes saludáronlo respetuosamente, suponiéndole tal vez galantes propósitos al ver que tomaba el camino que en línea recta conducía al villorrio de Reully en el que alzábase cierto convento cuyas educandas, al decir del vulgo murmurador, tenían no poco gancho para con los gentilhombres ávidos de instruirse y de parafrasear determinados pasajes del Cántico de los cánticos.

Alegre, y ajeno á lo que de él pudiera pensarse, Bernardo de Arma interesábase tan sólo á cuanto se refería con Solange. La imagen de la joven se había señoreado de él de nuevo y en absoluto; por eso, fijándose apenas en el vi y ven de Diógenes que parecía haberlo adoptado por amo, Bernardo pensaba en

aquel momento en que por Solange caminaba á intentar la liberación del gran marqués, cuya existencia le era casi desconocida la vispera, y á librar sin duda una batalla contra los asesinos estipendiados por Catalina de Médicis.

Bernardo era un hombre generoso. Si hubiera tenido que vivir sin batallar, sin esforzarse, sin amar y sin vencer, la existencia habríase mostrado para él sin encanto alguno, indigna de ser vivida.

Cuando hubo dejado atrás las últimas casas, puso su caballo al paso. Llegar demasiado pronto al sitio de su destino parecíale una imprudencia.

Por la conversación oída la vispera, sabía que ningún cordón de centinelas rodeaba la fortaleza de Vincennes, y por más de que, por lo visto, estaban bien tomadas todas las precauciones capaces de favorecer el crimen premeditado, los organizadores del atentado podían desconfiar, por lo que no le parecía conveniente provocar su suspicacia denunciando su presencia antes de haberse introducido en la plaza.

Porque Bernardo pensaba introducirse en ella, formándose una idea muy relativa de lo que podían ser las defensas de la ciudadela que trataba de asaltar.

En su concepto, Bonaguil representaba el non plus ultra de las fortalezas, y nada le había impedido franquear sus muros, los del parque por lo menos, durante algún tiempo... No era de esperar pues que Vincennes le resistiese más de lo que le había resistido Bonaguil.

Las ideas que asaltaban la mente del caballero cambiaban, como sucede generalmente á cuantos viajan, á

medida que á su vista se ofrecían distintos panoramas.

Más allá de Reuilly, á la entrada del bosque, la imagen de Solange hizose algo borrosa en el cerebro del caballero, apareciendo en él en primer término la del conde de Entragues, el servicial y brillante gentil-hombre que abandonando de pronto la causa de sus compañeros de diversión habíase puesto de su lado y héchose su segundo.

Veíale con los ojos del espíritu revolviéndose contra la estúpida cobardía del duque Rolando en el momento en que éste alardeaba de su próximo matrimonio con la señorita de Villanueva para heredar los títulos y bienes del gran marqués. ¿Por qué había hecho esto de Entragues? ¿Por amor tal vez hacia Solange? La idea de tener por rival al poderoso favorito Rolando importunaba poco al caballero, quien sabía poder deshacerse de él en cualquier momento, matándolo como á un perro. En cambio la idea de que el señor de Balzac pudiera ser también rival suyo entristecía su alma produciéndole una pena infinita.

Pero nó : no era posible tal rivalidad. De Entragues, gentil-hombre orgulloso y bravo, no habría tolerado que en defensa de la mujer por él amada saliera de su vaina otra espada que la suya. Luego lo que Bernardo pensaba no existía. De haber existido, el presentimiento por lo menos de tal desgracia habríale avisado, y la simpatía recíproca que acababa de unirlos á los dos, á él y al conde, no se habría manifestado del modo elocuente que acababa de manifestarse.

La explicación á la conducta caballeresca de de Entra-

gues había que buscarla pues, no en el amor, sino en otra cosa. ¿En cuál?

Bernardo había oído hablar vagamente de la facción de los *descontentos* y de la ternura armada que recíprocamente se manifestaban Enrique de Valois y Enrique de Guisa. Pensando en ello, Bernardo dedujo que de Entragues formaba parte sin duda de alguna poderosa asociación cuyos afiliados se reclutaban entre la nobleza, la burguesía y aun los rufianes. La prueba acababa de hacerse en su presencia, cuando un grupo de andrajosos y de impedidos falsos corrió en su auxilio apenas pronunciada por el conde una palabra al oído de uno de ellos.

Bernardo no había podido oír la palabra misteriosa, que tal vez no fué pronunciada; pero lo cierto, lo indudable, era que el brillante señor de Balzac resultaba conocido y respetado de los hampones y galloferos que poblaban la corte de los milagros.

Muchas eran las aventuras que habían llovido sobre él desde su llegada á París, mejor dicho á las cercanías de París; pero eran aventuras claras, explicables. Sólo lo referente á su nuevo amigo el conde de Entragues constituía para Sed de Amor un enigma complicado : más aún, insoluble.

¿Cómo admitir en efecto que la casualidad, sólo la casualidad, hubiese determinado el encuentro de ambos jóvenes y la rápida intimidad que habíalos unido?

Además, esta frase latina : *Arma, Amor, Morte*, que Bernardo creía ser único en conocer; esa frase, escrita en el pergamino que una mano caritativa recogiera

sobre el cadáver de una desconocida asesinada en Barbotán, ¿cómo había podido conocerla de Entragues, siendo así que el pergamino que la contenía permaneció siempre en su escondite, esto es, en el saquito colgado del cuello del caballero, entre su piel y su camisa?

¿Sería tal vez dicha frase un santo y seña, como la rama de muérdago un emblema de reunión? Porque era lo cierto que Carlos de Entragues había insistido no poco en lo referente á la dichosa rama de muérdago con que se adornaba el sombrero del caballero, y procurado por todos los medios hacerle confesar que aquel adorno, más aún que utilidad tenía determinada significación.

Decididamente había en todo aquello mucho de misterioso. Todo lo referente á de Entragues hallábase sumido en las tinieblas en las cuales perdíase el caballero.

Esto no obstante continuaba su camino siguiendo la dirección verdadera, pues Diógenes, que parecía saber á dónde iban marchaba á vanguardia sin volver siquiera la cabeza, siguiéndole dócilmente Djaulia, la brida sobre el cuello.

Declinaba el sol rápidamente. El bosque aparecía como una masa oscura enfrente del caballero.

— ¡Hop! — pronunció Sed de Amor, pensando que ya se había retrasado más de lo justo.

Y esa sola palabra, bien conocida de la hermosa yegua, bastó para que ésta enderezase las orejas tomando enseguida el trote largo. El perro por su parte volvió la cabeza, ladró alegremente y salió corriendo,

perdiéndose á poco perro, caballo y caballero bajo la verde bóveda formada por los árboles seculares.

Buen rató hacia ya que pasara la décima hora cuando atravesando las Cortas del rey, hallóse de pronto Bernardo en presencia de la torre de Vincennes que una infame maquinación había designado como tumba del padre de Solange.

Sin moderar el paso de su montura atravesó diagonalmente el terreno desnudo de árboles, y viendo una brecha en el muro del coto de caza que rodeaba los lados del este y del sur de las murallas fué hacia ella en derecha y una vez llegado silbó suavemente.

Djaulia comprendió.

Lo que su amo exigía de ella era un juego, una insignificancia para la noble bestia acostumbrada á volar sobre los precipicios. Apoyándose en los corvejones, elevóse de pronto, graciosa como un gamo, y un momento después Bernardo se apeaba en la zona acotada, precisamente en el sitio mismo en que un misterioso leñador había pasado parte del día anterior cortando árboles al parecer, aunque sin deteriorar ninguno.

Llevó Sed de Amor á su yegua hasta el centro de un bosquecillo para esconderla y ordenó á Diógenes que se acostara.

Entonces y sólo entonces pudo el caballero contemplar en detalle la imponente ciudadela, sus fosos, su muro infranqueable y su enorme torre cuadrada, en torno de la cual la triple cintura de piedras grisáceas, formaba una defensa capaz de desafiar los asaltos de un ejército.

Grande fué su estupefacción al enterarse de la existencia de cosa tan formidable.

— Al lado de esto, — murmuró — Bonaguil es un juguete. No hay enemigo, por poderoso que sea, capaz de forzar ese gigante. Vincennes es inexpugnable (1).

Sin embargo, el caballero no se descorazonó, tanto más cuanto que él no pretendía poner sitio al castillo sino sencillamente descubrir una rendija en su monstruoso caparazón é introducirse por ella para trabajar lo mejor posible en provecho del gran marqués.

Hubo un momento en que pensó :

— ¿Cómo no morir de tristeza y pesadumbre en el vientre de ese gigante de piedra? ¿Cómo ha podido vivir encerrada en él mi hermanita Glorieta y sobre todo hacerse tan bonita? ¡Ah, si yo pudiera verla! ¡Si me fuese dado ponerme al habla con la preciosa rubia sin voz! Creo que entre los dos conseguiríamos

(1) Palabra profética que el tiempo debía confirmar más tarde. Sabido es en efecto que el castillo de Vincennes no fué nunca tomado por asalto. Esta ciudadela virgen tuvo sus días de gloria. Doscientos treinta y siete años más tarde, cuando el heroico Dumesnil solo tenía á sus órdenes un puñado de inválidos supo conservarla luchando contra los ejércitos aliados y no obstante las órdenes que para que la rindiera dictó la cobardía de los gobiernos. El inválido de Wagram — tenía una pierna de madera — se negó por tres veces á capitular. « Mi intención, — dijo al ser intimado por primera vez — es la de hacer saltar el fuerte antes que rendirlo. » A la segunda intimación contestó : « Devolvedme mi pierna y os devolveré la plaza. » Y por último, á la tercera, cuando le ofrecieron un millón si capitulaba, dijo : « Mi negativa servirá de dote para mis hijos. » La historia consigna asimismo esta irónica humorada del héroe cuyos soldados mutilados no pudo diezmar la artillería enemiga : « Los aliados han respetado el juego de bolos, y no han querido arrojar sobre él sus bolas de hierro. »

alejarse todo peligro de la persona del marqués y aun librarle de penas... Pero la noche vá á echársenos encima; se acerca la hora de la emboscada... ¡Al trabajo, amigo mío, al trabajo! ¡A batallar por obtener una sonrisa de Solange!

Dicho esto recorrió con lentitud la alta muralla, examinando atentamente todos los defectos de la piedra.

Preciso es decir aquí que el entretenimiento de la tal muralla, por el lado en que se encontraba Sed de Amor, dejaba no poco que desear, lo cual se comprenderá considerando que estaba prohibido entrar en los cotos reales, y los burgueses de Saint Mandé y de Vincennes, recordando la prohibición, absteniáanse de penetrar en el sagrado recinto, abandonándolo así, deliberadamente, á las injurias del tiempo.

Bernardo se encontró, con gran sorpresa suya, frente á una puerta pequeña, cuya hoja de madera fuerte, pero roída por la humedad y las plantas parasitarias, presentaba ligeras soluciones de continuidad.

Miró á través de una de sus hendiduras y no contento con este examen visual, aplicó luego el oído. Como ni vió ni oyó nada, dióse á atacar la madera de la puerta en torno á la cerradura con ayuda de su puñal. La madera, podrida, cedió bien pronto y el caballero, abriendo con precaución, penetró en el primer recinto.

Era un camino de ronda como de treinta y cinco pies de ancho; un camino desierto, que nadie debía recorrer nunca, porque se hallaba cubierto en absoluto de hierba, que crecía en completa libertad.

Sin que le fuera necesario examinar la segunda muralla, Bernardo descubrió enseguida una segunda puerta en la prolongación de la primera. Esta vez, como el tiempo urgía, no se tomó la molestia de escuchar antes de dar comienzo al ataque. Nadie podía sospechar su presencia en aquel sitio. Suponiendo que los asesinos se encontrasen ya en su sitio, éste les estaba señalado en el último patio, al abrigo del tercer recinto, es decir, muy lejos para que pudiesen oírle.

Más moderna y menos averiada que la primera, la segunda puerta resistió bastante á los ataques de Bernardo quien consiguió sin embargo abrirla tras un cuarto de hora de penoso trabajo.

Acababa apenas de penetrar en el segundo recinto, cuando creyendo haber sido descubierto dió un salto de lado, desvainando enseguida su tizona. Algo que se movía, un cuerpo sin duda, acababa de rozar sus piernas.

La incertidumbre del caballero no duró más que un instante. Su temor se disipó al punto al ver á Diógenes que se arrastraba á sus pies sin ladrar, pero mirándole con ojos suplicantes como pidiendo perdón por haberle desobedecido.

Bernardo envainó su espada casi avergonzado por su temor de un momento.

— Tú no has querido que me exponga solo; — dijo acariciando al inteligente animal. — Bueno, pues quédate conmigo; tal vez puedas serme de alguna utilidad.

En la prolongación de las dos anteriores veíase una

tercera puerta que hubiera sido inútil pretender forzar como las otras dos, por la sencilla razón de que estaba forrada de hierro.

El caballero escuchó. Solemne silencio pesaba sobre el castillo y sus alrededores. ¿Habría sido ya perpetrado el crimen? Desde el sitio en que se encontraba, al pie del muro, Bernardo no podía ver la torre cuya masa colosal, interceptando los últimos reflejos del sol poniente, hacía más espesa la sombra por aquel lado.

La contrariedad que el caballero experimentaba por no serle posible ver lo que ocurría del lado allá de la muralla, en el patio de los proveedores donde debían ocultarse los supuestos ayudantes del forjador Pielnegra, era indecible é inaguantable. ¿Cómo intentar el escalo de aquel muro, cuya superficie aparecía implacablemente unida? Imposible.

Pero como esta palabra no estaba escrita en el diccionario de Sed de Amor, decidió intentar el escalo. Una circunstancia imprevista, un accidente casual hubo de impulsarle á acometer aquella empresa temeraria. Había desabrochado el joven su jubón para respirar más á gusto y obtener mayor libertad de movimientos, cuando su mirada se fijó instintivamente en el medallón pendiente de su cuello, y sin quererlo relejó las dos palabras en él grabadas: *¿Cur non?*

Hubiérase dicho que la medalla le interrogaba en aquellos instantes supremos, minutos de valor incalculable que convenía aprovechar...

— ¿Por qué no? se dijo, calculando la altura del obstáculo.

Luego buscó con la vista á Diógenes. El perro habíase alejado algunos pasos y olfateaba con insistencia al pie del muro.

— ¡Aquí! — articuló en voz baja el caballero desatando de su cintura una especie de lazo. — ¡Aquí Diógenes!

Contra lo que él esperaba, el perro, á quien se proponía atar para que no le estorbase en su proyectado escalo, en vez de obedecerle comenzó á escarbar furiosamente en el sitio mismo que antes olfateara, insistiendo en su trabajo hasta el punto de obligar á Bernardo á acercarse.

¡Oh prodigio! El instinto del animal había descubierto el único punto relativamente accesible de aquella muralla de tan unida superficie. Allí, donde Diógenes escarbaba, una grieta providencial corría formando una línea irregular desde la base hasta el caballete del muro. El colosal esfuerzo que Sed de Amor proponíase intentar resultaba prodigiosamente facilitado.

— Gracias, gracias, buen perro, — murmuró acariciando al inteligente animal; — más inteligencia tienes tú que muchos cristianos que me son conocidos.

En menos tiempo del que se precisa para contarle ató un extremo del lazo al collar de Diógenes, dejando el otro afianzado á su propia cintura. Luego, haciéndole señas para que permaneciera quieto, puso el pie en el hueco practicado por las uñas del animal, y clavando el puñal en una juntura por encima de su cabeza, comenzó á elevarse á lo largo del muro perpendicular.

Había en aquella empresa mucho de inconcebible audacia. Cualquiera que hubiese podido ver aquella larva humana arrastrándose por sitio tan peligroso, habría sentido erizarse sus cabellos.

Peró la obsesión delirante de Sed de Amor debía conducirle á la realización de lo irrealizable. Tres minutos, ¡tres siglos! le bastaron para alcanzar el caballete en el que tomó asiento tras una flexión vertiginosa, acostándose en el acto para no ser visto, y también para evitar una caída que habría podido ser mortal, sobre todo en aquel momento en que la sangre golpeaba sus sienes con violencia.

Un poco repuesto del violento esfuerzo realizado, observó Sed de Amor que desde aquel sitio elevado érale fácil ver la parte este del patio de los proveedores, y la maciza torre cuadrada que en él tenía sus raíces. El cobertizo de que hablara el ayudante de atormentador durante su entrevista con Gaspar Mouvette en la casa de las Miñonas, el cobertizo en que se guardaba la fragua de los remachadores de esposas y cadenas, se apoyaba en la base de torre. La puerta hallábase abierta, humeaba la chimenea y se oía sin dificultad alguna el poderoso resoplido del fuelle.

Allí era donde debían reunirse los asesinos, los supuestos ayudantes del forjador, reclutados expresamente para la infame tarea.

Esta no había comenzado aún. Los miserables ocupábanse en prepararla y en disponer sus armas.

Al mismo tiempo que tomaba aliento, percatábase Bernardo, con el desconsuelo y la contrariedad que es

de suponer, de que llegado el momento crítico no había de serle posible aportar al marqués el auxilio de su brazo. Por aquel lado en efecto el suelo hallábase á un nivel muy inferior, y protegido en una longitud de quince pies á partir del recinto, por una plantación de picas en forma de caballo de frisa.

Pretender franquear de un salto tan bárbara defensa era correr á una muerte segura.

— ¿Estaba según eso destinado el caballero á asistir como espectador impotente á la lucha homicida próxima á desarrollarse? ¡Ah, no! Bernardo comprendía la imposibilidad para él de presenciar tal espectáculo en la inacción, aun siendo ésta forzada.

Una de sus preocupaciones, la que más le atenazaba en aquel momento, era la de deducir por dónde llegaría el gran marqués. Su mirada de águila recorrió sucesivamente los pisos todos de la torre y en ninguno de ellos pudo ver nada de particular.

Entonces, resuelto á intentar lo que pudiese, lo que las circunstancias le aconsejasen, se acordó de Diógenes, y tiró de la cuerda. Es de suponer que el animal debió sufrir lo indecible al ser izado como una masa; pero sin resistirse ni lanzar siquiera un gruñido, puso al fin las patas en el caballete, acostándose junto á su amo.

Era preciso esperar: pero esperar vigilando.

¿Cuánto tiempo transcurrió así, en el silencio más absoluto, apenas interrumpido por el resoplar continuo y discreto del fuelle de la fragua?

Sed de Amor no hubiera podido decirlo.

De pronto, allá en lo alto, resonó un chirrido apenas perceptible, pero que llegó distinto hasta los oídos del caballero. Levantó éste la cabeza, y lo que pudo ver entonces lo dejó petrificado de espanto.